

toda ponderacion. El vano desseo de ser, y parecer hermosas, es tan vehemente passion en las mugeres, que no acaban de encarecerla los Santos, los Phyllofophos, y los Historiadores, gobernados todos por las experiencias. Ni ha dexado de llegar en algunas à tal punto la vanidad, que han elegido perder antes la vida, que la hermosura. En esta consideracion, solo el desprecio de los afeytes abominables viene à ser en vna honesta Doncella virtud digna de alabangar, pues à lo menos en esto queda evitada la injuria, que en sentir de San Cipriano (son palabras uyas) hazen à Dios las mugeres, quando se desvelan en reformar, y enmendar por medio de los afeytes la imagen, que Dios formò, sin acabar de entender, que todo lo que nace à la naturaleza, es obra de la Divina mano; y todo lo que las mismas mugeres transfiguraran, es artificio del demonio. En consequencia de este mismo concepto, y abominacion de la passion mugeril, dixo gravemente San Ambrosio: *Sabe, ò muger, que borras la pintura de Dios, quando sobrepones à tu rostro baños de blancura, y tintes con exquisita purpura labios, y mexillas. Segun esta medida, veafe ya adonde llegará lo heroico de nuestra hermosísima Virgen en el desprecio de su hermosura. En la primera flor de sus años, quando suele estár la belleza, como mas ciega, mas enamorada, y cuydadosa de si; no solo se olvida Eustochia de los afeytes, sino que en vez de la purpura, y carmin, para encender los colores, vía del fuego, y del Sol, que los abrafan; y en vez del agua de rostro, que le dà resplandor, horroriza Eustochia su cara con heridas, y tintes de negras sombras; à fin de conservar mas puros para su Dueño los candores de la pureza, y no sin el peligro de perder la vida à manos de su Padre! O hazaña heroica, digna*

S. Cipriano de Disciplina, & habita Virgin.

verdaderamente de vna fiel Esposa de Jesu Christo! O severísima reprehension de los afeytes escandalosos. O espejo crystalino de castidad honestísima! O si aqui se mirasen las que en el espejo de crystal desperdician tantas horas adornando, y adorando el idolo de su faláz hermosura! Sin duda vieran, y conocieran, no ser mas ingeniosa, ni mas resuelta la mundana vanidad en trazar indutrias para aumentar bellezas, que el amor Divino para confundirlas, quando las mira como embarazo en el camino de Dios.

CAPITVLO VIII.

PROSIGVE EL PADRE DE Eustochia los intentos de casarla, hasta ponerla vn puñal à los pechos: Mantienese intrepida en su casto proposito; y muerto el Padre, viste la Santa Virgen el Abito de la Tercera Orden.

A Los que tienen llenos los ojos de tierra, y los oidos de viento; ni les basta todo el golpe de la luz, ni toda la voz del desengaño para entender la voluntad Divina, claramente manifesta en los prodigios de sus soberanas obras. Esta es la causa, porque Bernardo, aun viendo, y tocando por sus mismos ojos las maravillas de Dios en Eustochia, confirmando en ellas el proposito de su voluntad en quererla para si: no acababa de darle por entendido, y proseguia en los intentos de casarla; siendo para con él mas poderoso el peso de la codicia, que el de su debida obligacion. Muerto el primer esposo, y restituida la casta Virgen à su natural belleza, despertaron nuevamente en otros muchos Mancebos nobles, y ricos las pretensiones del desposorio. Entre todos fue

fué vno, no sé si el dichoso, ò el infeliz, à quien se la prometió Bernardo. Y à fin de solicitar la voluntad de su hija por las blanduras del ruego, sin ponerse en la ocasion del desayre, ò de la violencia: dispuso que la hablase primero sus Parientes, y despues los Religiosos mas graves de Messina. Ponderabanla vnos, y otros, con aquella persuasiva, que alcanza la razon de estado, los grandes intereses de la familia, en el desposorio; y las turbulentas consequencias, que debia prevenir, y temer de perseverar en su proposito contra la voluntad de su Padre. Mas al modo que la densa nube suele de repente desvanecerse, al desplegar el Sol la clarísima actividad de sus rayos: así à las palabras de Eustochia, en quien hablaba el Espíritu Santo, dandola voz de virtud, que no tenia resistencia; quedaban deshechas todas las razones humanas, en lo aparente solo poderosas.

Desesperado Bernardo de renegar la fortaleza de Eustochia por los medios de la blandura, echo mano de los del rigor; y disimulando mal el enojo entre las asperezas del ceño, bolvió à proponerla el intento del desposorio. La casta Doncella le respondió con virginal humildad; pero con la misma constancia que siempre: concluyendo, que en todo caso perderia gustosa la vida por conservar su pureza. Arrebatòse el hombre de toda la ira al oír tan santa resolucion, reparandola por atrevido desprecio de su autoridad; y echando mano à vn puñal, que llevaba prevenido, enarbolò el brazo para traspasar el pecho de la Innocente Virgen. No mas presto hizo Bernardo el anago, que la enamorada Esposa de Christo se hincasse de rodillas, puesto en el Cielo los ojos para esperar el golpe, y sacrificar à su Dueño la vida. Esta

sola demostracion bastò para cortar el impulso; porque el Padre al ver à su hija arrodillada, casi enojado de la ternura, que se le commovió en el pecho, arrojò el puñal; y sin hablarla mas, la bolvió las espaldas. Los afectos del coraçon de Eustochia en este lance; no caben en la explicacion, pues siendo su entendimiento de Angel para conocer por vna parte, las injustas violencias de su Padre; y por otra, las misericordias de su Dulcísimo Esposo, era de Serafin su voluntad para la gratitud en lo vno, y para el dolor en lo otro. Aumentabase este incomparablemente en aquel candido coraçon, à vista de la esquivéz, y rigor con que Bernardo se portò con ella; porque desde el vitino lance referido, no solo no la hablaba, pero ni aun queria mirarla.

En tan amarga tribulacion no tenia la afligida Virgen consuelo alguno de las criaturas; porque ni la Madre, ni los Confesores, se atrevian à hablar à solas con ella, remotos de la condicion austera, y precipitada de Bernardo; y solo la comunicaban los Parientes, en cuyas molestísimas instancias para que se compusiese con su Padre, dandole gusto; hallaba otros tantos torcedores; que apretasen à su tormento los cordones. Y como la Palomilla, que se bolvia al arca; quando no hallaba donde sentar el pie; así Eustochia, detamparada de toda consolacion humana, tendia las alas de su coraçon, enderezando el vuelo à su Crucificado Esposo, en quien hallaba siempre arca de santificacion, y descanso, para bolver à caminar en alcance de la Cruz con nuevo aliento. Entre otros consuelos, que por estos tiempos tuvo del Señor, fue vno, y no pequeño, ver desbaratados los intentos de su Padre con la muerte del segundo esposo; porque quando menos lo pen-

faban se halló asfaltado de vna agudísima enfermedad, que en breves dias le quitó la vida. Calmaron con tan funesta novedad los intentos de Bernardo; y la santa Doncella comenzó à entablar el de tomar el Abito en Melsina en el Monasterio de Clarifas Urbanistas de Santa Maria de Baficò. Tratabalo cautelosamente con las Monjas por medio de su santa Madre, en cuya piedad siempre hallaron abrigo, y apoyo sus castos deseos. Pero como es difícil, que secreto fiado à muchas dexé de rezumarfe; por la facilidad de vna, à otra: llegó à oídos de Bernardo la pretension de su santa hija. No con saña mayor el irritado Leon llena de rugidos la selva, para intimar con la muerte de su ofensor su vengança; que Bernardo amenazaba muertes, è incendios al Monasterio, si se atrevian à recibir à Eustochia. Y para que las Monjas no se llamasen à engaño, ni tuviesen disculpa en su ignorancia, resolvió encaminarfe al Monasterio con la Comitiva de todos sus Parientes; à quienes, despues de averles ponderado con las exageraciones de la ira su imaginado agravio, pidió auxilio para la vengança, como de injuria que tocaba à todos. Halló muy de su dictamen à toda la Parentela, sin aver vno entre tantos, que no apoyasse su desvario: sea que les faltó valor para darle con el desengaño en los ojos; ò sea que todos los tenian igualmente ocupados con el humo de la passion. Resuelto, en fin, el temerario arrojó, se fueron de quadrilla al Monasterio; y aviendo llamado à vna reja à la Abadesa con las Monjas principales, las intimaron la resoluzion en que estaban de reducir à cenizas el Convento, si se atrevian à franquear à Eustochia las puertas. Como no ignoraban las Monjas el natural desafuero del Padre, y que toda su Parentela

era lo principal de Melsina; creyeron con mucho fundamento harian lo que dezian; y vencidas de su justo temor, aseguraron à Bernardo, que sin mucho gusto suyo no se moverian à nada. Con esto se despidieron; y las Monjas dieron puntual aviso à Eustochia de todo lo sucedido; previniendola, que no les bolviessè à escribir, ni à tomar en boca puntos de Monjio en aquella Comunidad; puesto que ni era razon expusiesen à su Padre al arrojé amenazado, ni que ellas le padeciesen. Qual fuesse el dolor de la Santa Doncella, viendo ya cerrada esta sola puerta, que se avia quedado para libertarse de las violencias injustas de su Padre, consagrada à Dios: no tiene fácil explicacion; y solo podrá entenderlo, quien sabe, que deseos encendidos de amor Divino, reprimidos, y violentados, son fuego entrañado en el coraçon, que arde sin respiradero.

Pensó Bernardo, que atajados por este medio los intentos de Eustochia; se rendiria à su voluntad; ò que por lo menos se veria precisada à quedarse en casa en la compañía de su Madre. Pero viendo que ya corría vn año despues de estos sucesos, y que el proposito de consagrarse à Dios en el Estado Religioso, no solo no avia descaecido; sino que con los estorvos se avia fortificado mas; como el fuego reconcentrado por la obfistencia de su contrario: ablandò vn poco las furias; y llamandola à su presencia, la dixo entre severidad, y agrado, las palabras siguientes: En que razon cabe, Eustochia, que siendo yo el ofendido, por aver faltado vos à la obligacion de hija, aya de ser tambien yo el que me allane à pedir partido, sujerandome à vuestros intentos, para que vivamos en paz? Mas dexando à parte las quejas; porque vna vez que he resuelto contemporizar

zar con vuestro gusto, quiero sepultarlas en olvido: os prevengo no traçais de tomar el Abito en Comunidad alguna hasta nueva disposicion mia; porque estoy en animo de fundar à mis expensas vn Monasterio, y gustare mucho que seais vos la Fundadora. Varios efectos causó en el coraçon de la Santa Virgen vna disposicion tan desimaginada: porque apenas la oyó, quando arrodillada, y bañada en lagrimas de ternura besó la mano à su Padre, diziendo con humildad profundissima: Que bien tenia entendido ser mala hija, y que como tal, faltaria en muchas cosas à su obligacion; pero que en el punto de mantenerse firme en la Vocacion al Estado Religioso, creia no hazer sino lo que era debido, vna vez que el Señor misericordiosamente la llamaba para sí. Que en guardar su disposicion para tomar el Abito, experimentaria su rendimiento, mortificando sus deseos todo el tiempo conueniente; que le daba rendidas gracias por dignarse de admitirla al cariño de Hija; titulo, y favor, de que jamas se imaginó merecedora. Estaba ya el hombre tocado de las eficacias de la gracia: y viendo agora en su hija vn rendimiento tan sin afectacion discreto; y humilde; no pudo contenerse, sin echarla los brazos al cuello, desahogando el afecto paternal; en las tiernas demonstraciones del cariño. No podemos negar, que para esta mudança de la diestra del Altissimo en el coraçon de Bernardo; servirian no poco las oraciones de Eustochia; que teniendo presente las obligaciones de Hija; sollicitaria de su Esposo por todos caminos continuos auxilios de la Divina gracia para su Padre.

Poco tiempo duró à la Santa Virgen el consuelo del paternal cariño: porque como su Crucificado Dueño

la queria estrechamente abrazada consigo en el techo de la Cruz, era preciso, que las horas de las flores se abreviasen, y fuesen casi eternas las de las espinas. Quando se andaban ya tomando las medidas al nuevo Monasterio, que Bernardo resolvió fundar, se le ofreció viage à la Isla de Cerdeña; donde rendido à la vltima enfermedad, acabó sus dias. Eustochia, luego que tuvo la noticia; sacrificó su dolor en las aras de la resignacion con elevadissimo espíritu; y con pretexto de luto (aunque el motivo fué cerrar la puerta à nuevas pretensiones de casamiento) se cortó el cabello por sus mismas manos, y vistió con licencia de su Madre, y à los catorce años de su edad, pocas, ò menos; el Abito de Tercera descubierta; entreteniendole por este medio la sed de sus fervores, hasta darles entero cumplimiento en el Escrado Religioso, que tan ardentemente solicitaba.

CAPITULO IX.

VENCIDAS CON ESTVPPENDOS
prodigios nuevas dificultades, toma Eustochia el Abito de la Serafica Madre Santa Clara en el Monasterio de Melsina, y haze en él su Profesión.

Bien pensó la candida Virgen Eustochia; que muerto su Padre, quedaban lianos los caminos à sus fervores, y castos intentos; porque estaba persuadida (y era muy razonable su persuasion) à que vna Vocacion tan santa, y tan calificada como la suya, antes que oposicion, avia de hallar amparo en los coraçones de sus Parientes. En esta fe, y acompañada de su santa Madre vistió à la Abadesa; y Religiosas del

Monasterio de Balsico; y aviendoles propuesto las nuevas razones, que la asistían para tomar el Abito en aquella Comunidad, le pidió con humildísimo rendimiento. No se descuydaron los Parientes en prevenir este lance, luego que llegó à Melsina la noticia de la muerte de Bernardo; porque para el mal es muy hazendosa, y duerme poco, ò no duerme la malicia. Y como si toda la summa de los negocios estuviera librada en impedir la Vocacion de Eustochia, reconviniéron muy puntuales à las Monjas con la pasada amenaza, si daban el Abito à la Santa Virgen. En esta suposicion respondió à Hija, y Madre la Abadesa, que el inconveniente se estaba en pie, mientras no entrasse en acuerdo la Parentela, y diessen su beneplacito. Que solicitassen este por todos los medios posibles; y conseguido, darian al punto las Religiosas cumplimiento à la santa Vocacion de la Niña, en que ellas por tantos titulos eran interessadas. Y que en todo caso, lo negociassen con Dios en la oracion, à cuya poderosa eficacia se trañoran hasta los montes. Bien instruidas estaban Hija, y Madre en esta doctrina, y no menos fixas en la fe, y en la esperança de que la poderosa mano del Señor desharia los embarazos para el logro de sus intentos, encaminados todos à su servicio: pero entretanto tuvieron mucho que sacrificar en las aras de la resignacion: así con la dilacion de los deseos, como con la injusta oposicion de los Parientes.

Defraudadas, pues, de la pretension por entonces, bolvieron à casa, donde Hija, y Madre, con la ocasion de la viuded, dieron principio à una vida exemplarissima, para merecer del Señor, que favoreciesse la causa de Eustochia. Padecíase en

aquel tiempo en todo el territorio de Melsina una grande falta de pan; à cuya causa eran muchas, y gravísimas las necesidades de los pobres. Sabian estos, que en la misericordia de Mathauda tenían librado su socorro; y con esta seguridad acudían à la piadosa Matrona. Ella, que nunca para los pobres encogió las manos, en la ocasion presente las extendía sin tasa; no solo por el genial afecto de su compasion; sino tambien por obligar al Señor à que convirtiesse los corazones de sus Deudos, entrandoles en razon. A la voz de lo franco de los graneros en la casa de Mathauda, se multiplicaban à sus puertas los pobres; no solo de Melsina, sino de toda la Comarca. A ninguno se negó limosna, y à todos fe socorrió sin escasez: por cuya razon llegaron à apurarfe las troxes, de modo, que apenas avia quedado para el gasto de la familia pocos dias. Los Criados, y Mayordomos, no se fi por compasion, ò por lisonja, dieron cuenta à los Parientes; y estos, irritados de la prodigalidad (así llamaban à la misericordia) entraron amenazando, que si proseguia el desorden, tomarian la mano en el remedio, por medio de la Justicia. La santa Señora, llena de fe de que su Magestad avia de bolver por su causa, dixo, registrassen las troxes, y que despues responderia. Hizieronlo, y vieron, O maravillas de Dios! que estaban colmados; no solo como si no huvieran sacado grano, sino como si fe huvieran añadido muchas fanegas. Los Criados, por cuyas manos avia corrido la distribucion, y los Parientes, que eran refugios de las limosnas, quedaron pasmados à vista de prodigio tan palpable. Entonces Mathauda, defatandoles de la admiracion, dixo:

Te.

Tened entendido, que estos, y mayores prodigios haze, y hará el Señor en fuerza de los gemidos de mi Santa Hija, con que solicita de su Magestad os abra los ojos, y ablande los corazones, para que no profigais en el injusto empeño de impedir su santo proposito. Reconvenidos así los hombres, empeñaron su palabra de no solo no impedir, sino esforçar la vocacion de Eustochia, en quanto les fuesse posible.

Voyaging.
ad ann.
1491. n.
17.

El demonio, que no holgaba; codicioso de que no se le passassen las horas de su potestad en atormentar à Eustochia; no soltaba de las manos la labor, y exercitaba à la paciente Virgen por quantos caminos eran imaginables dentro de la permission. Hizola por espacio de seis meses muchas burlas, y todas tan pesadas como fuyas; entre las quales, maquinò la siguiente. Antes de venir el dia folia Eustochia salir al Templo, donde oia Missa, y frequentaba los Sacramentos, acompañada unas vezes de su Madre; otras, de unas Tías, igualmente piadosas. Con esta ocasion, una mañana se adelantò à las Parientas el diablo; y simulando la voz de una de ellas, Señora muy anciana, avisò à Eustochia para que saliesse. La innocente, creyendo ser su Tía quien la llamaba, y obtenida licencia de su Madre, que tambien oyò la voz: salió, como lo tenia de costumbre. Aguardabala el maldito en figura de Dueña à lo devoto; y mirando la voz con endiablado solapo, dixo à Eustochia luego que salió: Hija, te hago esta mala obra de sacarte de casa tan de noche; porque no creeras quanto aborrezco la luz para mis exercicios: y teniendo que hazer oy el de andar las Estaciones, quiero vengas conmigo, antes que nos descubran. Creyò Eustochia can-

Parte V.

didamente; acasò porque estaba en Dios mas que en si, y la fuerza de las operaciones santas impidieron la reflexion para conocer la illusion diabolica. En esta fe siguiò la Guia hasta salir de los muros, donde la Dueña, ò el Dueño (Dueño solo en espantajo) puestas aldas en cinta, como quien se prevenia para caminar desembarazadamente, se llegó à Eustochia, y arrebataandola por el ayre, diò con ella en un solitario bosque, bien distante de Melsina; y apenas pisado de humana planta; porque lo espelo, y enmarañado de sus zarças, y horruras, le hazian impenetrable. Quando aqui la tuvo, descubrió la tramoya, desparecidas sayas, y rocas: y haciéndolo irrision de la Santa; celebraba la burla. Aora, Niña, que estas en el bosque (la dezia muy à lo bufon) podrá tu espíritu darle un verde. La Santa Virgen, empero, despreciando con serena magnanimidad las burlas del diablo, invocò el auxilio de aquella Soberana Reyna, que le quebrantò la cabeza: y apenas la llamó en su socorro, quando el enemigo desapareció, dando un estallido. En el mismo instante se hallò Eustochia cerca de Melsina en una Hermita de la misma Reyna; con el Titulo de Nuestra Señora de las Escalas. Desde aqui, despues de dar à su Magestad las gracias, embió recado à su Madre, para que viniesse por ella.

Hizolo así la piadosa Matrona; con el gozo que se dexa discurrir: y quando bolvian, entraron à hazer oracion en la Hermita de San Nicolás, que estaba al passo, y fue donde en otra ocasion favoreció el Señor à Eustochia con la Vision admirable, que dexo escrita en el Capítulo Septimo de este Libro. Apenas pusieron los pies en una Capilla.

Voyaging.
itar.

Ss 2

lla,

lla, donde se veneraban los devotos Simulachros de Christo Crucificado, y su dolorosa Madre, quando Eustochia, tocada de dolor, à fuerza de su compasion amorosa, se postró en tierra, hecha vn mar de lagrimas. Y en glorioso despique, al parecer, de la burla, que la hizo el espiritu maligno, arrojandola al desierto, derramó el Señor en su coraçon el fuego del Espiritu Santo, embiandosele en vn soberano trueno, que la dexò llena de efectos Divinísimos.

Experimentando la piadosa Matrona Mathauda las pesadas burlas, con que el demonio maltrataba à Eustochia, mandò dezir muchas Misas, y pidió à las Comunidades de Mefsina, hiziesen especiales oraciones al Señor, para merecer el remedio. Estando en la oración vnos Santos Religiosos, entendieron de su Magestad, no cessaria el trabajo, hasta que Eustochia tomasse el Abito en el Monasterio, que deseaba. Dióse noticia de esta novedad à los Parientes; y como desde que tocaron por sus ojos el milagro del aumento del trigo, estaban convencidos, era temeridad oponerse à la Vocacion de la casta Doncella: hizo total asiento en sus coraçones el dicho de los Religiosos. Con esto, los Deudos, desempeñando su palabra, dieron notable calor à las prevenciones para la función, hechos ya Abogados, y Agentes de la causa, los que antes eran enemigos, y fiscales. Dispuestas, al fin, todas las cosas, y allanadas tantas dificultades, como dexo referidas, romò el Abito en el Monasterio de Clarifas de Mefsina, à los catorze años de su edad, y en el del Señor, de mil quatrocientos y cincuenta. Cumplido el tiempo de su Noviciado, no solo con exemplo, sino con

assombro de las Religiosas; como constará de lo que diré despues, hizo su Profesion; autorizando vna, y otra función de Profesion, y entrada, la mas noble porcion de la Ciudad; que asistió no sin lagrimas de ternura, al ver en vna Doncella de tan floridos años tan maduros los desengaños, y tan derramados los prodigios del Cielo.

El gozo de la fervorosa Virgen en la posesion de su dicha, debe medirse por muchos principios: Por el grado altísimo de perfeccion, à que avia llegado: por lo vehementemente, y prolongado de sus deseos: por el caudal de lagrimas, oraciones, y penitencias, que le tenía de costa: por las maravillosas circunstancias, y prodigios de su Vocacion, que comenzaron casi desde la cuna: y finalmente, por las dificultades, y batallas, que, auxiliada de la poderosa Diestra de Dios, dexaba desbaratadas, y deshechas. Yo no dudo experimentaríamos cada dia la misma proteccion del Altísimo, à favor de muchos piadosos intentos, si no fuera tan apocado nuestro coraçon, que à la primera dificultad buelve cobarde las espaldas, y abandona las empresas; sin acabar de entender, que estas no se consiguen sino juntando à las diligencias humanas vna firmísimas, y muy resuelta confianza en los esfuerzos de la gracia Divina.

o)(?)o



CA:

CAPITULO X:

RIGROSAS PENITENCIAS DE LA Bienaventurada Eustochia en la Religion.

Como la candida Paloma; que dexando burladas las astucias del Cazador, endereza el buelo, y la mira à los agujeros del risco, donde tiene su nido, y donde piensa hallar seguridad, y descanso: Así Eustochia, rotos lazos, y redes, con que pretendian enredarla, ó detenerla en el siglo los mundanos, y el demonio; puso derechamente la mira, y tendió todas las alas de su espiritu al coraçon de su Crucificado Esposo; piedra verdadera de exaltacion, y refugio, en cuya dulcísima rotura hallò siempre no solo libertad, sino quietud, y delicia. Hizose cargo de las obligaciones del nuevo estado; y para desempeñarlas en parte, se arrojò à tales excessos de penitencias, y mortificaciones, que comparadas à ellas todas las que dexo referidas, aunque tan grandes, parecen no mas que ensayos. Propuso con invicta resolucion imitar en el quebranto del cuerpo à todos aquellos Santos, que mas arrestadamente le sujetaron à servidumbre, para seguir las sangrientas huellas del Salvador del mundo; con especialidad à N.S.P.S.Francisco, y al Maximo Doctor Penitente San Geronimo. El Confessor de la Santa Virgen era de largas experiencias en las materias mysticas; y aviendo fundado con maduro juicio la valentia de aquel espiritu, y el extraordinario rûbo por donde la llevaba el impulso Divino à la cumbre de la perfeccion: dexò sueltas las riendas à sus fervores. Con este salvoconducto ingenió mil modos de martyrizarse, para imprimir en el candido papel de sus vir-

Parte V.

ginales carnes, à fuerza de caracteres sangrientos, las mortificaciones de Jesus, à cuya dolorosa Imagen deseaba conformarse toda.

Por esta causa sus disciplinas eran tan crûeles, y repetidas, que siempre facaban sangre, y muchas vezes pedazos de carne. Para lenitivo de las heridas (no sin emulacion de su Serafica Madre Santa Clara) aplicaba las cortadas cerdas de vn animal inmundo, cuya piel le servia de cilicio, en que no hazia menos grima al natural la aspereza, que el horror. Y para que el cilicio no anduviesse holgado, le rodeaba fuertemente con vna cadena de hierro: renovando al mismo tiempo la memoria de las prisiones de su Esposo. A este mismo fin se agarroneaba los argatos de los brazos con cordeles de cañamò retorcidos. Lo interior de la tunica, que era de vn paño muy burdo, traia sembrado de puntas de abrojos, cosidos curiosa, y prolizamente: que solo para cofer estas puntas à la gala de la mortificación, pudo ser santa, y proliza la curiosidad.

Para Celda, consiguió de la Abadesa vna oficinilla, ó despensa, tan despreciada, que solo servia de guardar escobas; tan estrecha, que mas parecia sepultura, que Celda; y tan desacomodada, que estaba debaxo de la escalera principal, y al pié de todas las Monjas. Era aqui su cama, vna dura, y desnuda tabla: su almohada ordinaria, vna piedra; y en los dias muy festivos, vn madero. Para que el sueño dexasse de ser descanso, y fuese penalidad, bastaba tomarle en tal Celda, en tal cama, y sobre tal almohada: pero el deseo de que velle su coraçon, mientras el cuerpo se entregaba à la breve ceremonia del dormir, añadia dolor à su dolor, yntandose los ojos con ciertos azey-

Ss 3

tes

Vvading:
ad ann.
1491.n.
18.

res mordicantes; cuya acrimonia, no solo les anticipaba, sino que les duplicaba las vigillas. No era menos admirable su abstinencia, y mortificación del gusto. Ayunaba todo el año sin interrupcion, tomando sola vna vez al dia muy escasa refeccion de pan, y agua: mas para que ni en esto se favorease el paladar, lo polvoreaba siempre de azibar. Con el mismo saynete comia algunas yervas, que tal dia muy festivo añadia à la refeccion ordinaria.

En medio de tan austera vida, se conservaba en el rostro la peregrina belleza, de que el Señor la avia dotado; por cuya razon las Monjas, ò faciles, ò piadosas, solian celebrarla, y bendecirla. Sentialo tanto la modesta Virgen, que como si en esto fuese su rostro culpado, le sentenciaba al fuego, repitiendo el cruel martirio de abrafarle. Pero concurriendo el Señor por modo milagroso, hazian el efecto las asquas en quanto al dolor, para que se refinasse la paciencia; pero no en quanto al estrago, para que no se desluciese la hermosura. Sucediale à su rostro, lo que al oro; que salia mas bello del fuego: y à fuer de humilde, no acababa de entender Eustochia, ser la bella Sunamitis, à quien el Celestial Esposo publicaba toda hermosura vna, y otra vez: hermosa toda aun en lo exterior del cuerpo; y hermosa, sin aquello que quedaba oculto en lo interior del Alma.

(?)



CAPITULO XI.

DE OTROS PIADOSOS EXERCICIOS,
y Virtudes Morales de la Beata
Eustochia.

UNA de las miserias mas lamentables; à que vive sujeta la vida del hombre, para su conservacion, en este Valle de lagrimas, es el sueño; porque embargadas en él, como en imagen funesta de muerte, las operaciones mas excelentes del Alma, haze profesion de trónico; y privada de todo lo racional, y pierde grandes tesoros de merecimientos. De esta miseria se redimen los Santos, añadiendo à la vida todo lo que quitan al sueño; y dando à Dios con el exemplo de exercicios piadosos todo lo que añaden à la vida. Bien impuesta en esta Maxima nuestra Eustochia, gastaba casi toda la noche en hazer memoria de los Mysterios de N. S. Jesu Christo, desde la Encarnacion hasta la Ascension. Para representarlos con mas expresion, y viveza, tenia repartidos por los Claustros, y transtos del Monasterio vnos quadritos, que hizo pintar à expensas de su buena Madre, en que se veian copiados los Lugares Santos; con los Mysterios, ò Passos correspondientes. Allí tenia la Casa de Nazareth, el Portal de Bethleen, el Templo de Salomón, el Cenaculo, el Huerto, las Casas de los Pontifices, el Monte Calvario, el Sepulchro, y Monte Olivete. Todos los Mysterios obrados en estos Santos Lugares; veneraba la piadosa Virgen con muchas oraciones, genuflexiones, y posturas: y con tanta devocion, que siempre regaba el suelo con lagrimas; vnas vezes de ternura, y otras de dolor.

De estos exercicios quedaba tan
fer.

fervorosa para la practica de las Virtudes en las ocupaciones del dia, que mas parecia en su obrar espiritu de fuego, que criatura terrena. En los Actos de Comunidad era la primera: en los de humildad, y obediencia, se adelantaba à todas. Ni tuvo replica para obedecer, ni repugnancia para humillarle; negandose tan facil à su voluntad, y juycio, como à su conveniencia, y estimacion. Servir à todas era su descanso: emplearse en los oficios mas infimos, y penosos, su delicia. Su silencio parecia Pythagorico: no se despegaban sus labios, sino para las Divinas atabancas, ò para comunicar à sus Hermanas la gracia, que el Señor avia derramado en ellos. Si hablaba tal vez en su desprecio, proredia con igual discrecion, y cautela; diciendo lo que el coraçon sentia, sin que se entendiese el fin, à que caminaba la intencion. No era su silencio ceñudo, ni melancolico, sino bañado de alegría; tanto, que con solo el semblante dilataba los coraçones.

En la Virtud de la Pobreza resplandeció tambien maravillosamente. Tenia poco, y deseaba menos: y por esto le parecia sobrado hasta lo mas precioso. De su pobreza se servia muy à satisfaccion la misericordia, porque focorria las necesidades ajenas, no solo con lo que imaginaba superfluo, sino con lo que en la realidad solia serle muy necesario. Como su madre era tan opulenta en bienes temporales, y idolatraba santamente en su hija, la regalaba sin escasez: pero apenas entraban los regalos, quando los ponía en manos de la Prelada, suplicandola con humilde rendimiento, que los repartiessé entre las Enfermas. Lo mismo hazia de las limosnas de dineros, y otras especies, que su Madre; y Parientas la embiaban; porque à ruegos de Eustochia lo distribuía todo la Abadesa;

siendo las primeras acreedoras à la distribucion las mas necesitadas. Para si vnicamente reservaba la enamorada Virgen, la penuria, la sed, la hambre, la desnudez, el frio, y todas las incomodidades, que la acercaban mas à la imitacion de su Esposo; cuya Cruz era toda su posesion, todo su regalo, y toda su gloria, como despues diré mas de proposito.

La complacencia, que el Señor tenia en este genero de pobreza liberal, lo dió à entender en el siguiente caso. Encendióse en Mefina vna peste, de cuyo rigor no se libraron las Monjas de aquel Monasterio. Crecieron con esto las necesidades, y Eustochia lograba muy à satisfaccion de su espiritu los empleos de la misericordia. Pero cuando cada dia el contagio, se vió su Madre en precision de retirarse con su familia, y Parientas, bien lexos de Mefina. Faltaron por esta causa las limosnas acostumbradas, y se començaron à sentir muy presto en el Monasterio los efectos de la falta. Eustochia, cuyo dolor en esta necesidad era tan grande como su misericordia, clamaba à la del Señor por el remedio. No tardó su Magestad en darse por entendido; porque cierta persona, de quien nunca se imaginara, remitió à la bendita Virgen abundante provision de regalos, medicinas, y otras cosas necessarias al alivio, y curacion de las enfermas; con lo qual huvo bastante, hasta que cesó la peste.

Pero no solo exercitò la misericordia focorriendo à sus Hermanas con las limosnas; sino poniendo por ellas la vida: vltima fineza de la mayor caridad. Tocòla el contagio; y sin embargo, sacando fuerças de flaqueza con el amor, mas fuerte, que la misma muerte; no dexó de asistir à las apestadas, hasta que la Prelada, viendola ya casi agonizando, mandò que

que hiziesse cama, y se curasse. Fuele muy sensible este mandato; porque rebada ya en las dulçuras de la misericordia, pensaba morir hecha víctima de sus aras: huvo, empero, de obedecer, sabiendo, que el camino de la obediencia; aunque no siempre fuesse el mas apacible, nunca dexò de ser el mas real, para llegar al cumplimiento de la voluntad Divina.

Su Castidad fuè mas Angelica; que humana, puesto que jamàs la zobraron negras olas de tentaciones impuras. Mucho conduxo para la posesion pacifica de esta dicha el quebranto de su cuerpo al continuado rigor de las penitencias, que comenzaron casi con la vida, segun consta de lo que dexò escrito. Si bien me inclino mas, à que gozò esta paz por especial privilegio de la gracia; pues aviendola Christo elegido para dibujar en ella los principales Mysterios de su Santissima Vida, Pasion, y Muerte, parece congruente no quiesse permitir à los humos de la sensualidad, que asustassen la pureza de su candor: Si ya no fuè premio del generoso arreſto, con que tantas vezes abandonò la vida, y las conveniencias de humanos despoſorios, por guardar intacta la joya de su virginidad, conſagrada desde sus primeros años à su Esposo Christo. De su Paciencia, y Virtudes Theologales, no habio en este Capitulo con expectacion; porque no es otra cosa toda la Vida de esta prodigiosa Virgen, si bien se repara, sino vn continuado, y heroyco exercicio de Paciencia, de Fè, de Esperança, y de Caridad.

CAPITULO XII.

ARDIENTE AMOR DE LA BEATA

*Eustochia à Christo Crucificado: T. favor,
res estupendos, que su Magestad
la hizo.*

Aunque de todos los Mysterios de la Santissima Humanidad de N. S. Jesu Christo, formaba Eustochia escala para subir à la Divinidad: todavia el Mysterio de la Cruz, la Pasion, y Muerte de su Dulcissimo Esposo, era el assumpto mas frecuente de su meditacion. En ella gastaba dias, y noches enteras, anegada en el roxo mar de finezas de aquella verdadera Sangre. Aqui, como en fuente de vida, y de luz, hallaba claridades, que desterraban sombras; ardores, que no daban lugar à tibiezas; dulçuras, que suavizaban tormentos; y riegos, que fecundaban el Alma de Virtudes. Todas sus ansias eran vivir crucificada con Christo: sus anhelos, imprimirle como sello en su coraçon, y en su brazo; sus pretensiones, traerle colocado entre sus pechos, como hazecito de Mirra. Moria de no padecer: la Cruz era toda su gloria: su vida, solo Christo Crucificado. De aqui nacia en Eustochia aquellos impetuofos arrojios à las penitencias; aquel atropellamiento del amor propio, enemigo declarado de la Cruz; aquella resignacion alegre en las mayores tribulaciones; aquel desprecio de si misma; aquel herir los Cielos à continuos clamores, solicitando de su Amado la diesse à beber el Caliz amargo de su Pasion, hasta apurarle todo. Mucho tiempo perseverò en esta suplica, haziendo de sus lagrimas perlas finisimas, que ofrecidas à su Esposo con igual humildad, y fineza, le sobornaban sagradamente para que concediesse la peticion. A nuestro

mo

modo de entender, no pudo ya resistirse mas el coraçon Divino: y vencido de tan dulcissima bateria, determinò favorecer à Eustochia con la maravillosa merced, que se sigue.

Estando la enamorada Esposa de Jesu Christo en lo mas fervoroso de la oracion, se le apareciò su Magestad bañado de resplandores de gloria; y vibrado en la mano derecha vna lança de oro, se venia acercando à la Santa, como que la presentaba batalla de amor: Eustochia, que como Cierva sedienta de penas, nada mas apetecia, que las heridas, abrió los brazos, ofreciendo el pecho al Esposo, para que le traspasasse. El Señor entonces, nuevamente obligado de tan bizarra fineza, executò el impulso, clavando en el coraçon de Eustochia la lança: sin aver fiado la accion à alguno de los Serafines: acaso porque corriendo por mano propia de Christo la herida, y el sello, quedasse la enamorada Virgen mas bien acreditada, y señalada de su Amante.

Vvading.
ad ann.
1491. n.
31.

Los efectos de favor tan soberano fueron maravillosos. Sentia desde aquel punto todas las penas, y martyrios de N. S. Jesu Christo, no solamente en el Alma, sino tambien en el cuerpo: de modo, que sin heridas exteriores, ò visibiles, padecia dolores intensisimos en todas aquellas partes del cuerpo, en que fuè atormentado N. S. Jesu Christo. En la cabeza padecia el dolor de las espaldas; en el rostro, el de las bofetadas; en las muñecas, y cuello, el de los cordeles; en las espaldas, el de los agotes; en el ombro, el de la Cruz; y en manos, pies, y costado, el de los clavos, y lança. Eran à las vezes tan vehementes estos dolores, que la rendian à mortales desmayos, y la ponian en agonias de muerte. Principalmente solia fuceder esto, quando

se hablaba, ò leia alguna materia de la Pasion, ò cosa concerniente à ella; y sobre todo, quando llegaba el tiempo de la Semana Santa, en que la Iglesia Catholica haze tan vivos recuerdos de los Mysterios de la Cruz. En estas ocasiones eran tan inmensos sus dolores, que hazia extremos, causando notable compasion à las Monjas; las quales, ni podian asillirla sin mucho quebranto, ni sin participar en parte los mismos efectos, y penas de su Alma. Y era cosa admirable: que todos aquellos dias andaban las Monjas como fuera de si, absortas, y sumergidas en abyssos de tristeza, meditando los Mysterios dolorosos del Señor; à que poderosamente les excitaba el exemplar de Eustochia. En la dulcissima amargura de estas penas passò su vida sin intermision en el padecer; porque como apetecia su dolor, le renovaba delante de su Amado con fervorosas, y continuas meditaciones de su Pasion, y Muerte.

Para que hiziesse de ellas aun mas viva representacion: fuera de los continuos dolores, que le quedaron en el cuerpo, como dexò dicho: añadió el Señor tambien el beneficio de estampar en su imaginacion todos los Lugares Santos de Jerusalem, donde se obraron los Sacrosantos Mysterios, y tambien, las especies de los Pontifices, Escribas, y Fariseos; de los Soldados, Verdugos, y Sayones; de todos los instrumentos de la Pasion; y con mas particularidad, de los Apostoles, y de MARIA Santissima, con las piadosas Mujeres, que la hizieron compania. De forma, que de todas estas cosas tenia infusas, à modo de habito, especies propisimas, por cuyo medio se le representaban los objetos con la viveza, y naturalidad, que si los viesse. Las llamas de amor Divino, los afectos de su co-

ra

raçon amante, la participacion de Dios en favor tan singular: quien podrá escribirlo! San Paschasio dixo, que Dios en el Sacramento depositò tan inefabes finezas, porque puso en el la memoria de su Pasion, para santificar las Almas: de donde se atrevieron à pensar hombres Doctos, piadosamente arrojados, que quando no huviera atado Christo su presencia en la Hostia con palabra de fidelidad eterna: podia creerse cuerda-mente su inmediata, y particular asistencia, solo con ser aquel Augusto Sacramento memoria de su Pasion, y Muerte. Luego en esta memoria continua de Eustochia, como en Sacramento temporal, y humano (sea dicho sin ofensa de la piedad, y con venia de nuestro Llagado Patriarca) no pudieron saltar inefabes asistencias de Christo; mayormente quando sabemos, que se comunican à las Almas las consolaciones de las glorias à medida de la participacion de las penas.

No eran leve argumento de tan prodigiosos efectos las palabras de Eustochia; puesto que como abrasadoras llamas salian del coraçon à los labios, para persuadir à las Monjas, así la continua meditacion de la Pasion de su Esposo, como el modo de corresponderle con el amor mas puro: Hermanas mias de mi coraçon (les dezia mas con lagrimas, que con palabras) no nos tengamos por Esposas fieles de nuestro Amado Jesus, si su Pasion Santissima se apartasse de nuestra memoria; y si su memoria no nos crucificasse el Alma à fuerça de la compasion. Si es verdad que el amor transformase reciprocamente los Amantes; sin duda amamos muy à lo tibio, quando en cada vna de nosotras no se ve patente vn Christo Crucificado. No nos paguemos de fine-

zas imaginadas; que estancadas en sola la fantasia, ò desaguadas, quando mucho, por la lengua, jamás llegan à las manos; indicio no leve de aver tenido su nacimiento mas en la cabeça, que en el coraçon. El contraste de las finezas, Hermanas mias Carissimas, es la Cruz: la que la facade del ombrò, no diga que està enamorada de Jesu Christo. En su cabeza espinas, y en las nuestras, flores; en su cuerpo dolores, y en los nuestros, delicias; en su Magestad ignominias, y en nosotras, aplausos; en Jesus penuria, y en nosotras abundancia: ay Hermanas mias! diferencias son estas, que no las haze; que no las sufre el amor. Si hemos, pues, de amar à lo fino, como el titulo de Esposas nos intimas; sea solamente la Cruz de Jesus el talamo de nuestras delicias; sus clavos, nuestros anillos; sus espinas, nuestras guirnaldas; sus heridas, nuestras joyas; su desnudez nuestra gala; su pobreza nuestra riqueza; su improprio nuestra honra, y su ignominia toda la gloria nuestra. El motivo de abrazarnos con este manojito de Mirra; el fin de beber como Cierbas sedientas este Caliz; ni ha de ser el temor del agote (que esto seria servir como viles esclavas) ni la esperança del premio (que seria ser jornaleras) sino la misericordia, y belleza de nuestro Dueño; que esto es amar como Esposas.

Para mas bien imprimir en los coraçones de las Monjas los referidos sentimientos, propuso trasladarlos al papel. Pero apenas començò à escribirlos, quando el demonio procurò impedirla por quantos medios le fueron posibles. Apareciasele en horribles figuras de Puercos, Ossos, Tigres, Lobos, y de varios vestiglos, unas vezes ridiculos, y otras horrendos;

dos. Despreciabale siempre la enamorada Virgen con igual magnanimidad, prosiguiendo su Obra, sin atenderle en veras, ni en burlas, como la que sabia no sentir este sobervio cosa alguna mas, que verse despreciado, y desatendido. Fue tanta la rabia del mastin, quando viò à la Santa concluir su escrito, sin aversele podido impedir, que la tirò vn bocado à la mano, y la mordió, lastimandola no levemente: hazaña muy propia de perro; pues ya lo tiene de viejo, y de rabioso el morder, y lastimar à los Santos.

CAPITULO XIII.

CORDIAL AMOR DE LA BEATA Eustochia à Christo Sacramentado: y singulares mercedes, que la hizo su Magestad en el mismo Sacramento.

Pocas seràn las Almas verdaderamente devotas de la Pasion, y Muerte de Christo, que no lo sean tambien del Santissimo Sacramento del Altar: ya porque este Augusto, y Venerable Mysterio de Mysterios, es vna viva memoria de la Pasion; ya porque el Amado, que les roba los coraçones con las finezas de la Cruz: real, y personalmente se dexa hallar; y poseer en el mismo Sacramento del Altar. Vna de estas Almas era Eustochia; con que aviendo sido devotissima de Christo Crucificado, segun lo referido en el Capitulo antecedente, dexase discurrir por consecuencia casi necessaria, no aver sido menor su devocion à Christo en la Eucharistia. Consideraba, pues, este Sacrosanto Mysterio deliciosa Cifra de las maravillas de la Omnipotencia; compendio de las mayores finezas del amor Divino; Fuente de Virginales purezas, Manà de Celestiales dul-

curas, Botilleria del regalado Vino de las Espolas; Mesa de fortaleza para todas las tribulaciones, y Armeria con mil escudos, y con todas las armas dos Puertes, para combatir, y rebatir à los enemigos. Estas, y semejantes consideraciones encendian en su coraçon varios afectos, ya de amor, ya de humildad; que siempre se explicaban en lagrimas, y avivandose mas con el riego de ellas el incendio del amor. Anegada así en fuego, y en agua, se llegaba à la Sagrada Mesa, donde participaba delicias Divinissimas. Dabanle à entender estas, unas vezes con rayos de luz, que despedia su rostro al recibir la Forma Consagrada: otras, con fragancias de Celestiales Incienso, que exhalaban sus vestiduras. Y como en el coraçon de esta pura Virgen hallaba el Pan de los Angeles tan elevada disposicion para causar muy sin tasa todos sus efectos, sucedia, que la misma hauritura la dexaba con mas hambre.

Hallabase en vna ocasion en la Enfermeria postrada al rigor de vn accidente, que la impedía la frecuencia del Manjar Divino; y congojada de esta pena mas, que de todos sus males, començò à querrellarse de su poca fuerte; persuadiendose à que por indigna se le privaba de tanto bien. El Señor entonces mirando la humildad de su Esclava con benigno ojos, y dexándose herir de sus amorosas ansias el coraçon, embiò de las Alturas vn Angel, que la comulgasse. Puso el Celestial Espiritu en execucion el mandato, tomando del Sagrario vna de las Formas Consagradas, que recibió la enamorada Virgen, con afectos, y efectos indecibles.

No se quedaban estos solo en el Alma, sino que se estendian muchas vezes al cuerpo, dandole milagrosa salud en aprietos desesperados. Prue-

ba de esta verdad es el caso que sucedió, quando estuvo tocada de la peste, como dixé arriba; porque aviendosele coagulado en la garganta cierta glandula, ò tumorcillo venenoso (señal entonces infalible de muerte) pidió la Sagrada Comunión; y apenas la recibió, quando desapareció el tumor, quedando perfectamente sana, y convallecida. Este mismo prodigio se repitió en varias ocasiones, en que recuperó la salud, y las fuerzas al punto que recibia la Comunión.

Concedióle también el Señor espíritu de discrecion, para persuadir, ò disuadir à personas particulares la frecuencia de este Sacramento, ilustrandola primero del interior estado de las tales personas. En esta consideracion à vna Monja, que deseaba frequentar esta Sagrada Misa, con menos humildad, que presumpcion; la dixo se abstuviese, hasta radicarse mas en el conocimiento de sí misma, arrojando de su corazón la propia confianza, enemiga capital de las Virtudes. Por el contrario, à otra que de arretrada en sus temores, se retiraba, la persuadió se llegasse; no de modo, que dexasse de temer, sino poniendo modo al temor. *Te tendrá (dixó) siempre que este cediese al amor la primacia, como à Rey de los afectos del Alma.* A fin de asegurarla mas, le declaró aver visto en manos de la Madre de Dios vna tunica blanca, que tenia su Magestad prevenida para vestirla con ella, luego que comulgasse. Hizolo así la Monja; y en los efectos tan Divinos, que dexó la Sagrada Comunión en su interior, no pudo dudar la verdad de las palabras de Eustochia: con que quedó alentada, y persuadida à la frecuencia del Pan Angelico, y Celestial.

✕

CAPITULO XIV.

DA PRINCIPIO LA BEATA

Eustochia à la Fundacion del Convento de Santa Clara de Mefina, padeciendo gravissimas persecuciones; obra maravillosas en apoyo de sus santos intentos.

NO fuera tan enamorada de Dios Eustochia, si contenta con lo bueno solamente, no anhelasse à lo mejor; pasando de la voluntad santa, à la perfecta, y de esta à la de mayor beneplacito del Altísimo, aunque para su cumplimiento se le proponian montañas de dificultades. Pero como tenia bien entendido, que los empeños de vn corazón resuelto; quando por arduos amilanán à los pusillanimes con fantásticas apariencias de ponderaciones; y discursos, son fáciles à quien se apoya en el Divino poder: se arrojaba intrepida con esta confianza à las santas empresas à que la movia el Espíritu del mismo Señor. Vna de estas fué la Fundacion del Monasterio de Clarifas de la Primera Regla, en la misma Ciudad de Mefina; dando ocasion à este designio el modo de vida demasadamente Señoril, y afeminado, que se avia introducido de muchos tiempos antes en su Monasterio. Era (como dexó dicho) de Clarifas Urbanitas (llamadas así por averlas el Papa Urbano Quarto dispensado los rigores, que sobreañadidos à los quatro Votos esenciales, se contienen en la Regla Primera de Santa Clara) y las Monjas, pasando de la dispensacion al abuso (porque estas cosas tienen muy vezinas las lindes) se estendian à lo que estaba bien lexos de personas consagradas à Dios, y crucificadas al mundo.

¶ El

¶ El zelo de la Casa, y causa del mismo Señor, que la comia el corazón, no la dexaba sossegar, y continuamente la impelia à solicitar el remedio de tales desordenes, por quantos caminos eran imaginables. Resuelta à romper por todas las dificultades, que tales intentos traen siempre consigo, y que no dexaban (como ya he dicho) de ofrecerse à su pensamiento, dió el primer passo en la empresa, comunicando à su Confessor lo que la passaba; diligencia harto conducente à la calificación de su buen espíritu, y al feliz exito de la empresa misma. El Confessor, que era docto, y tenía bien tanteado el interior de Eustochia, muy desde luego se persuadió ser de Dios aquellas inspiraciones: però en medio de esto, conociendo la gravedad de la materia, se portó con summa circunspeccion, haciéndole reparos para prevenir peligros, y aguardando el tiempo para ponerle mas de pie firme en las resoluciones. Con esta prudente cautela entretuvo por algunos años el designio de la Santa, sin reprobarle positivamente; ni aprobarle para con ella: hasta que à los veinte y tres años de la edad de Eustochia, viendola siempre constante, y con mayores impulsos en su particular intento, la mandó començasse à entablarle por los medios, que el Señor la dictasse mas à proposito.

En cumplimiento de esta nueva disposicion, iba proponiendo con tanta sagacidad sus intentos à aquellas Monjas, de quienes, por la mayor docilidad, y mas conocida inclinacion à las Virtudes, hizo juycio; darian à su proposicion mas fácil entrada. Lograda en algunas; y quando ya le pareció que tenia las bastantes para hazer cuerpo, publicó sus intentos: proponiendo à la Abadesa, con

Parte V.

el resto de las demás: que si gustaban, se ciñessen à la Primera Regla de Santa Clara; ó si no tuviessen à bien, que ella con las que quisiessen seguirla, solicitassen del Summo Pontifice la fundacion de otro Monasterio, donde sin agravio de nadie pudiesen lograr este fin; à que las llamaba Dios.

Esta proposicion, hecha con la modestia, y humildad propia del Espíritu del Señor; y que mirada à la luz del verdadero defengano, era digna de estimacion, y aplauso; movió la ira de la Abadesa; y sus parciales; tan arrojadamente, que prorumpieron en acciones, y palabras indignísimas; y no contentas con averla llenado de los baldones, y oprobios, que pudieran dezirse à la muger mas infame: hubo quien levantara la mano; y la descargasse en aquel innocente rostro con el golpe de vna bofetada cruel. Eustochia, empero, aunque tan hajada de tal atropellamiento, no solo no desahogó su padecer, ni aun con el corto alivio de la queja: sino que sin turbár la serenidad acostumbrada del semblante, y venciendo al mal con el bien; dió bendicion por maldicion, honor por ignominia, y gracias por agravios. Nada de esto bastó para suavizar el encono de las Monjas: que deslumbradas con su passion ingeniaban cada dia nuevas trazas para mortificar à la bendita Virgen. Pero ella empeñada en triunfar de la malicia con la paciencia, de nada cuydaba mas, que de no defenderse, arrojándose toda en los brazos de la Providencia Divina. Corrian ya algunos dias de persecucion, y viendo, que todavía se estaba en su fuerza; tomó la resolusion de postrarse en el suelo delante de toda la Comunidad; donde anegada en lagrimas pedia perdon de sus

T t

má-

malos exemplos, protestando no se levantaria de allí hasta que todas, y cada vna en particular la perdonasen. Esta demonstracion, executada con espiritu verdaderamente humilde, fue tan poderosa para desarmarles el enojo, que sin poderse contener derramaban lagrimas de ternura, y la dieron los brazos en señal de amistad, y benevolencia. O como es cierto, que vna humildad verdadera no tiene resistencia en los corazones humanos, por mas feroces que sean; sino es que la envejada malicia de muchos años ayá llegado à convertirlos en demonios. Desde este dia cesò la persecucion de las Monjas à Eustochia, pero no la oposicion à sus intentos: antes procuraban disuadirla de ellos por medio del ruego; sin dexar al mismo tiempo piedra que no moviesen, para que el Papa no diese oídos à la supplica. El demonio, empero, lleno de corage, viendò que à pesar de sus artes (porque toda la persecucion de las Monjas avia sido efecto de las sugeliones suyas) se mantenía la Sierva de Dios en su proposito, en que perdía el crecidos intereses: procurò maquinár nuevas cabilaciones, para retrairla de la Fundacion. Repetía las apariciones en figuras horribles: y vna noche, que oraba la Santa sola en el Coro, armò vn exercito fantástico de soldados de à cavallo, que abanzaban la clausura con formidable estruendo. La bendita Virgen, teniendo yá bien conocidas las astucias del Dragon, se reia de ellas, y con solo el desprecio, le dexò burlado, y confuso.

En apoyo de la santa resolucion de Eustochia, y para persuadir à las Monjas ser del beneplacito Divino lo que intentaba, hizo el Señor algunos patentes milagros. Estando vna

noche la Comunidad en el Coro se apagaron de repente, por industria del demonio, todas las lamparas. Entonces Eustochia llena de fe algò la voz, diciendo: *En testimonio de que al Señor es agradable mi pretension, vereis, que sin diligencia humana se restituye la luz à las lamparas en este mismo punto.* Dixo; y fuè hecha la luz, segun su palabra. Este mismo prodigio se repitiò mas de vna vez.

En otra ocasion, que estando en la huerta casi al anochecer las Monjas, recargaban à la innocente Virgen la inquietud del Monasterio por la novedad de su capricho (así se lo dezian) tomò la Santa vn sarmiento seco, y clavandole en el suelo, dixo: *Veis este sarmiento? Pues creed, que no passará mañana, sin que responda por mí.* Observaron el dicho; y unas con risa, y otras con enfado; pero todas cuydadas fueron por la mañana à la huerta, y vieron al sarmiento dilorado en vassagos, engalanado de hojas, y enriquecido de dorados, y fazonados razimos.

¶ Fuera de esto sucedió, que en los primeros dias de su persecucion escribiò Eustochia à su Confessor vna carta, en que largamente le noticia de sus trabajos, y de los medios, que tenia pensados para llevar adelante sus designios. Persuadida (no se si con demasiada sinceridad) à que la Abadesa no se arrojaría à la temeraria resolucion de abrir carta dirigida al Confessor, debiendo suponer, seria su contenido materia del interior, ó puntos concernientes à la conciencia: pidió la bendicion, como lo acostumbraba, para remitirla. Diò la licencia la Prelada con mucho dissimulo, como quien en esto no zelaba inconveniente: pero apenas la bendita Virgen bolviò las espaldas, quando la Abadesa

desa previno à la Tornera que destruyese la carta, y se la entregasse, porque así convenia para evitar inconvenientes. Ordinario pretexto, con que se reboza no pocas vezes tan arrojada curiosidad; y llamola así por no afrontarla con otro nombre. No quiero negar, aver casos, en que las Preladas, sin contravenir à la justicia, ni à la caridad, pueden abrir, ò detener las cartas de las subditas à sus Confesores, quando con graves fundamentos se temen inconvenientes de pelo, si tales cartas se dexan correr: pero siendo estos casos rarísimos, y en que deben proceder con summa circunspeccion, y secreto, y no sin consejo de sujetos prudentes, y doctos: la facilidad, con que por qualquiera antojo, ò capricho, se practicasse tal abuso, quien podrá disculparla? Yá se que no me toca, ni la disputa, ni la sentençia de estas materias, que tan de proposito tratan los Summistas, à quienes me remito: pero tocame por Historiador descubrir lo perjudicial de vna accion, en que acaso pudiera apoyarse la ignorancia, ò la malicia de alguna, para la practica de tan arrojada temeridad; si no estuviera prevenida de antemano con esta luz.

Bolviendo à nuestro caso, la Tornera puso la carta en manos de la Abadesa en ocasion, que vna precisa diligencia no diò lugar à que la leyese; por cuya razon la dexò debaxo de llave en su escritorio, con animo de leerla, luego que se desembarazasse. No executò la Tornera el hecho con tanto secreto, que no llegasse à oídos de Eustochia: fuè que la quisò anticipar la mortificacion con la noticia: que no seria cosa estraña: ò que sucedió así por falta de cautela; que es muy natural, y à lo que mas me persuado. Sintió la sinrazon

Parte V.

Eustochia en lo vivo del Alma, por mil razones, que justificaban su sentimiento; azorada de èl pidió al Señor con mucha fe, no se hiziesse notoria la carta. Su Magestad, obligado de estos gemidos, la desapareció de modo, que jamás se bolvió à ver; aunque la Abadesa hizo para descubrirla quantas diligencias se dexan discurrir de la vna vez de vna muger empeñada en saber vn secreto: hasta que finalmente cesò en el empeño, persuadida à que Dios avia tomado la mano en la causa de Eustochia. Pero ni este, ni los prodigios referidos, fueron poderosos à que dexasse de oponerse à la nueva Fundacion; porque convertido yá el enojo en estimacion de Eustochia, no queria faltasse en ella al Monasterio vn tesoro, q con voces de parentes maravillas les avia descubierto el Cielo.

CAPITULO XV.

DE OTRAS PERSECUCIONES;
y trabajos de la B. Eustochia en la
Fundacion del Monasterio.

Sempre fuè glorioso espectáculo para Dios la paciencia de los Justos; porque fundados en Christo; como sobre firme piedra, levantan trofeos, y cantan victorias de los mas recios vientos de trabajos, y persecuciones. Por esta soberana complacencia, parece permitia el Señor à Eustochia nuevas, y mayores tribulaciones de las criaturas: templando de tal fuerte su flaqueza con los auxilios de la gracia, que dexandola sensible para el dolor, y el merecimiento, se quedaba incontractable à los tiros de la persecucion, y de la malicia. Todo el tiempo que durò el encono de las Monjas, referido en el Capitulo pasado, no se descuyò Eustochia en adelantar sus

Tr 2

in-

intentos: porque, al modo de los otros Soldados del Pueblo Santo, con vna mano edificaba, y con otra apartaba las puntas de los enemigos, que se oponian à la Fundacion. Tenia Eustochia otra Hermana menor, llamada Mita, que deseaba consagrarse al Señor en el Estado Religioso: y sabiendo la Sierva de Dios, que la legitima paterina de su Hermana era muy pingue, la persuadió à que la consignasse para ayudar en parte à la fabrica del nuevo Monasterio, donde podria tomar el Abito. La misma proposicion respectivamente hizo à su buena Madre, que tambien vivia con los mismos deseos de dar de mano al siglo, y pensaba lograr su Vocacion en compania de sus dos Hijas. La piadosa Matrona tomó tan à su cuenta la fundacion, que sin dilacion alguna solicitó de la Ciudad sitio conveniente, y ofreció promptas, y largas expensas, para que se facassen los cimientos de la Fabrica. Al mismo tiempo despachó à Roma vn zeloso, y venerable Sacerdote, para que en nombre de ella solicitasse del Papa las licencias, y despachos necesarios à la prosecucion, y conclusion de la Obra. Desde este punto apenas se dió passo, en que no se hallassen muchos tropiezos; si bien allanados con los invencibles esfuerzos del Poder Divino (en que las piadosas Hijas, y Madre confiaban) descubrieron mas admirables, y gloriosas las disposiciones de la Soberana Providencia.

Sucedió, pues, que Mathauda entregó al Sacerdote su Agente; buena cantidad de dinero, así para el avio à Roma, como para los precisos gastos en la Curia. Mas apenas llegó à ella, quando, sin saber como, ni por donde, se le desapareció el dinero, de modo, que por mas diligencias, que hizo, no lo pudo descubrir. Y como sabia, que pensar negociar en las Cu-

rias sin el oro en la mano; era la misma quimera, que pretender vencer sin armas al enemigo; trató de bolverse con el desconsuelo, que se dexa considerar, no aviendo dado passo à la pretension. Este accidente, aunque no dexó de exercitar la paciencia de Eustochia, y su Madre, no fué bastante à que descaeciesen, ni aun levemente, en su proposito: y firmes en la confianza Divina, bolvieron à despachar à Roma al Sacerdote con nueva prevencion de dineros.

Por el contrario, la Abadesa del Monasterio de Balsico, que era Señora de gran reputacion, y tenia en Roma mucha mano con los primeros Cardenales; escrivió al Protector de nuestra Orden el aretado de Eustochia, sin descuydarse en darle vivos colores de sedicion, y cisma; para que prevenido con esta noticia, se opusiese con todo el empeño posible. El Cardenal tomó la oposicion tan à pechos, que quando el Sacerdote, Agente de Mathauda, llegó segunda vez à Roma, halló cogidos los passos, y cerradas todas las puertas à su pretension. Esperó algun tiempo con aquella paciencia, que piden las materias en lo humano desesperadas: contentandose entretanto con ir formando del oro llave, que al fin le franqueasse la puerta para hablar al Papa. Sucedióle como lo pensó (porque las llaves de oro à todas las puertas hazen.) Y conseguida audiencia, propuso su pretension, pidiendo Bulla para la Fundacion del nuevo Monasterio. Como el Pontifice estaba sugerido del Cardenal Protector, respondió con la repulsa, diciendo muy defabrido, no ser conveniente nueva Fundacion de Clarisas en Melsina, quando ya tenían alli Monasterio del mismo Instituto, donde podian lograr su vocacion las que quisiessen seguirle.

Es

Es así, Santísimo Padre (replicó el Sacerdote) que ay en Melsina esse Monasterio: pero tambien es verdad, que no se professa en el la Regla Primera de Santa Clara, debaxo de la qual desea mi Parte hazer la nueva Fundacion, ciñendose à los rigores, que la dicha Regla prescribe: y si no es injusto, ni superfluo anhelar à lo mejor: no sé por donde la nueva Fundacion pueda ser superflua, ni perjudicial à la Fundacion antigua. A la instancia no halló que responder el Pontifice; y desatendiendo las replicas del Cardenal, concedió la Bulla: siendo este vno de aquellos casos, en que la Providencia Divina, con suavidad, y fortaleza dirige los medios à sus determinados fines.

Entretanto que estas cosas passaban en Roma, no descansaba Eustochia en Melsina; porque contra sus santos intentos se levantaron nuevas persecuciones, que la exercitaron sobre quanto se puede pensar. La Hermana menor de la bendita Virgen, abrigada de su Madre, avia ido reduciendo à dinero muchas de las halajas, que le tocaban de la legitima Paterina, à fin de contribuir à la fabrica del Monasterio con expensas promptas, para que no se deruiesse. Quando ya estaba junta vna gruesa porcion; vn Tio de ambas Hermanas, Mongio? Mita, al exemplar de su Santa Hermana, y acaso fortalecida con sus consejos, y oraciones, respondió intrepidamente, qué si; y que cessasse en las agencias del desposorio, porque ella solo avia de ser Esposa de Jesu Christo. El hombre, ar-

re Parte V.

rebatado todo de la colera; al oír esta respuesta, acometió à la desarmada Doncella, y derribandola en el suelo à bofetadas, y otros golpes indignos; estuvo maltratádola hasta que toda la ira de su enojo se fació. Después, diciendola, que por Tio le tocaba impedir no malbaratasse su Patrimonio; se fué al escriptorio donde estaba junto el dinero para la fabrica; y tomó todo, con otras joyas, y halajas preciosas, que avian quedado; lo trasportó à su casa; aviendo antes quebrantado el escriptorio para sacarlo. En tales indignidades despena à los hombres el arrebatto de vna passion.

Por este mismo tiempo llegó de Roma el Sacerdote con la Bulla, disponiendose en ella por clausula expresa (porque así se avia pedido) que el nuevo Monasterio quedasse sujeto à los Frayles de la Regular Observancia de N. P. S. Francisco; y de ninguna manera à los Conventuales. Llególes à estos muy al alma la nueva disposicion del Papa; porque la tenían por ignominia propia; y tocados de este dolor, se opusieron à rostro descubierto à la Fundacion del Monasterio, maquinando, y executando para impedirla, quantas ideas les vinieron al pensamiento: y son muchas las que suelen venir à vn pensamiento, que medita su satisfaccion.

Viendose la piadosa Madre de Eustochia cercada de tantas tribulaciones, fué vna tarde al Monasterio à conferir las con su Santa Hija, y à buscar en sus consejos el consuelo que su coraçon necesitaba. La bendita Virgen lastimada mas de la pena de su buena Madre, que de las propias suyas, la alentó mucho à la perseverancia, confiando en Dios; de cuyo poder debian ambas esperar el auxilio en el tiempo mas oportu-

Tt 3

tu.